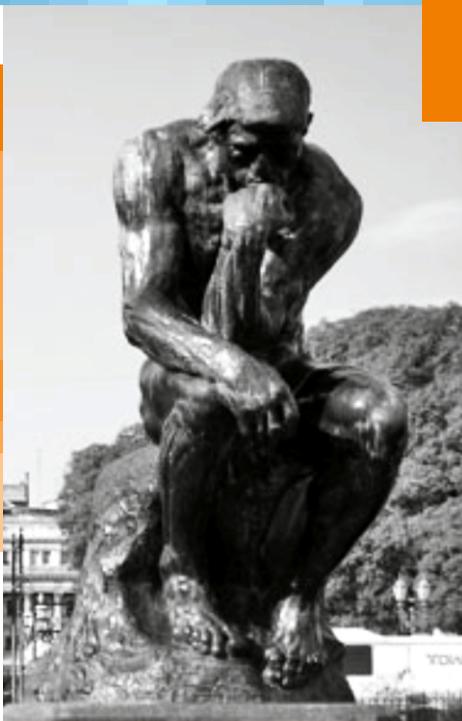


# Del “granero del mundo” al desarrollo industrial

por Arturo H. Trinelli



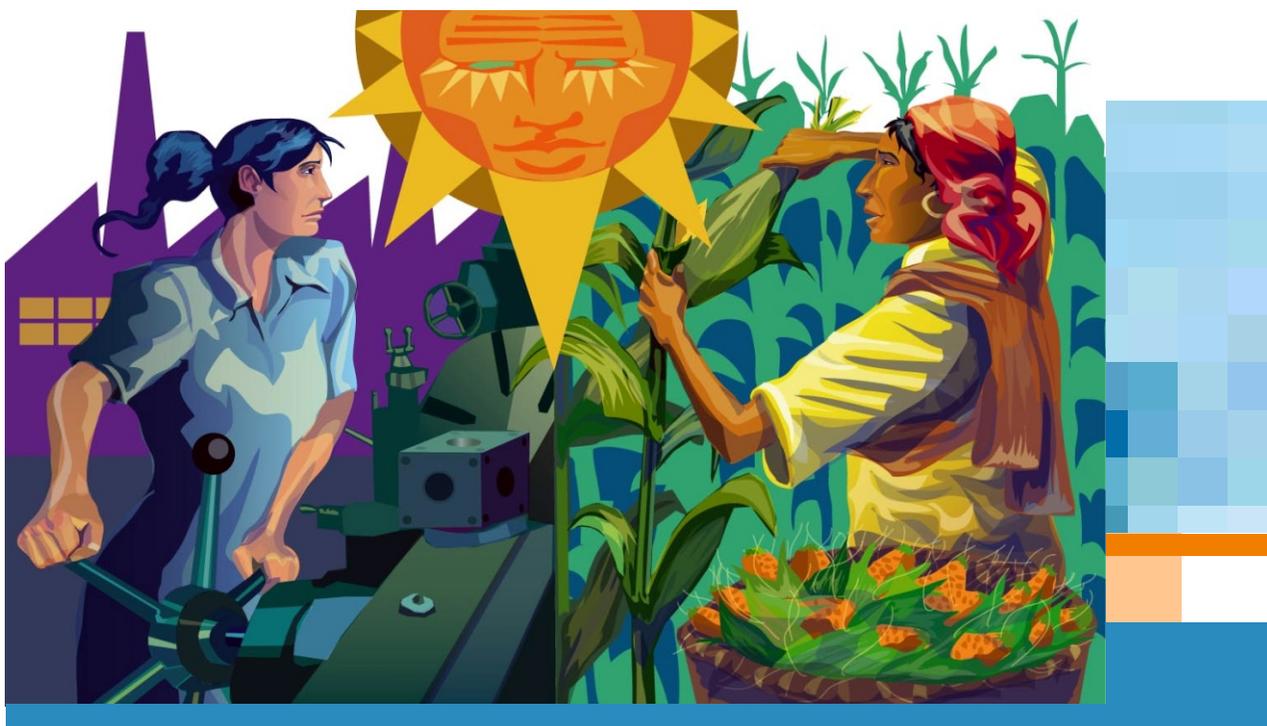
**N**o caben dudas de que estamos atravesando lo que algunos analistas llaman una “revolución del consumo de alimentos”, reflejada en la demanda constante de países emergentes con gran incidencia en el producto bruto mundial y un crecimiento vertiginoso de sus economías en los últimos años. Quienes mayor incidencia tienen en este proceso son las dos naciones más grandes de Asia, China e India. En los últimos diez años, los productos del reino vegetal fueron incrementando su participación en el total de exportaciones argentinas a China, pasando de un 8 a un 50%.

Algunos cambios estructurales en la composición socioeconómica de aquellos países permiten dar credibilidad a esos enfoques. Según datos de la FAO, en China se estima que para 2020 el 70% de su población será de clase media. Su creciente influencia en el consumo se manifiesta en la enorme evolución que ha tenido durante las últimas décadas: en 1990 representaba apenas el 1% y en 2010 ya llegaba al 35% de la

población total. El crecimiento de la clase media china, por lo tanto, explica en parte el impulso a la demanda global de alimentos. En paralelo, la campaña mundial por parte de la dirigencia política china para que su país sea reconocido como “economía de mercado” promovió el criterio de expandir su frente externo e incrementar el flujo comercial con muchas naciones, en especial aquellas que le aseguraran el abastecimiento de alimentos que su cada vez más demandante población necesita. En ese sentido, Argentina cumple un rol fundamental como proveedor. Nuestro país tiene reservas acuíferas 19 veces más importantes que Sudáfrica, 12 más que India, 10 más que China y 7 veces más grandes que el promedio mundial. Además, dispone de una superficie cultivable por habitante 10 veces superior a la del Gigante Asiático, 4 veces la de India y 3 veces mayor que la del promedio mundial. Sin dudas, el contraste es aún más significativo al considerar el peso demográfico de cada país, donde Argentina representa apenas el 0,6% de la población mundial frente al 21% que suponen los más de 1.300 millones de chinos.

Por otro lado, algunas de estas naciones, junto con otras - muchas de origen árabe, de gran crecimiento en los últimos años-, cuentan con fondos soberanos de enorme liquidez administrados por el Estado, que impulsan inversiones sobre sectores estratégicos en terceros países, tales como hidrocarburos, minería y tierras. Argentina ha sido destino de inversiones extranjeras en dichos sectores durante los últimos años, al igual que Brasil y muchos otros países de la región. En ese contexto, la sanción de una ley para evitar que se siga expandiendo la extranjerización de tierras fue un paso fundamental en pos de recuperar soberanía sobre recursos de dominio público.

Todas estas consideraciones son necesarias para ilustrar la disputa por el modelo económico que ha tenido lugar en la Argentina durante los últimos años. Muchas de ellas han resultado reveladoras de posturas ideológicas por detrás de las preferencias sobre determinados modos de acumulación, y que de alguna manera han fortalecido aquellas visiones sobre el presunto destino agrario de la República Argentina, cuyo punto



de máxima expresión fue el conflicto de 2008 por las retenciones móviles, tal como sugiere Federico Bernal en su libro “El Mito Agrario” (Capital Intelectual, 2010). Así es cómo ciertos análisis persisten en la búsqueda de una “nueva oportunidad histórica” para aprovechar los términos de intercambio actuales y reforzar la especialización del país en la producción primaria o en actividades extractivas.

La transformación del comercio internacional, que ante la depresión de los países industrializados y el auge de los emergentes ha potenciado el flujo comercial de productos primarios y manufacturas de origen agropecuario, resulta fundamental para entender la expansión que ha tenido el sector agropecuario argentino en los últimos años y, más específicamente, identificar los agentes económicos que intervienen en la explotación y comercialización de sus principales cultivos como soja, trigo y maíz. Acompañada de renovadas técnicas de siembra junto a la incorporación de sofisticadas maquinarias, así como de manipulaciones genéticas de semillas que las han vuelto más resistentes al clima frente a la creciente tendencia a la desertificación por la falta de lluvias, esta expansión actual es mucho más evidente en relación a la etapa de la Convertibilidad, más allá de que algunos dirigentes de entidades rurales representativas manifiesten reiteradas quejas sobre el modelo vigente, que según entienden restringe posibilidades productivas al sector y desincentiva inversiones. Así, el denominado “campo” argentino, que muchas veces se presenta como un todo homogéneo con idénticos intereses, en verdad se compone de un complejo conjunto de actores con peso económico notablemente dispar, que involucra a

propietarios de la tierra, rentistas, grandes, medianos y pequeños productores, comercializadoras y proveedoras de insumos, todos con participación en la generación de la renta agraria.

**Los desafíos sobre qué perfil productivo adoptar, por lo tanto, están más visibles que nunca. Sin dejar de desconocer la importancia del sector agropecuario como proveedor de divisas para el país, los criterios de competitividad que anunció la Presidenta como claves de su segundo mandato dejan entrever un intento por configurar un crecimiento económico sobre la base de mayor valor agregado a la producción, profundizando un desarrollo industrial que, seguramente, no estará exento de tensiones.** Para ello, explicar el conjunto de medidas económicas adoptadas recientemente, entre las que sobresale el mayor control estatal sobre las importaciones, implica la necesidad de entenderlas como parte de una estrategia global de desarrollo industrial antes que como iniciativas aisladas de un “funcionario todopoderoso”, tal como se suele presentar, en el marco de una Argentina que intenta de a poco desprenderse de su condena cultural como “granero del mundo”.

### Arturo Trinelli

Licenciado y Profesor de Ciencia Política (UBA). Maestrando en Sociología Económica (IDAES-UNSAM). Escribe artículos para los diarios Tiempo Argentino y Página 12. Columnista especial de Buenos Aires Económico (BAE) y Revista 2016. También ha publicado en la Revista Realidad Económica (IADE).